

ción. Co.oció á su rival y le pareció verla burlarse. Aquella la salvó; lo olvidó todo, y, por una vez, pudo triunfar.

Desde aquel momento cantó con toda su alma, trató de sobrepujar á todo lo que había hecho hasta entonces, y lo consiguió. En el último acto, cuando empieza á invocar á los ángeles y á levantarse de la tierra, arrastró en su vuelo á toda la sala frenética, y pudo creerse que tenía alas. Al oír aquella llamada sobrehumana, un hombre se puso en pie en el anfiteatro, frente á la cantante, como si en el mismo movimiento también él dejase la tierra. Era Raúl.

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!

Y Cristina, con los brazos extendidos, envuelta en gloria, suelta la cabellera en los hombros desnudos, lanzaba el clamor divino:
Llevad mi alma al seno de los cielos.

En este momento fué cuando se produjo en el teatro una brusca obscuridad. Fué aquello tan rápido, que los espectadores tuvieron apenas tiempo de dar un grito de estupor, pues la luz iluminó de nuevo la escena.

. Pero Cristina Daé no estaba ya en ella. ¿Qué le había sucedido? ¿Qué milagro era aquél? Todo el mundo se miraba sin comprender y la emoción llegó en seguida á su colmo. No era menor el asombro en el escenario que en la sala. Acudióse de los bastidores al sitio en que Cris-

tina estaba cantando y se interrumpió el espectáculo en el mayor desorden.

¿Dónde, pues, dónde se había metido Cristina? ¿Qué sortilegio la había arrebatado á miles de espectadores entusiastas y en los brazos mismos de Carolus Fonta? En verdad, podíase pensar que los ángeles, accediendo á su ruego inflamado, se la habían llevado realmente, en cuerpo y alma, "al seno de los cielos."

Raúl, que seguía en pie en el anfiteatro, había lanzado un grito. El conde Felipe se había levantado en su palco. Todo el mundo miraba la escena, al conde y á Raúl y se preguntaba si aquel curioso acontecimiento estaría relacionado con el suelto aparecido por la mañana en un periódico. Pero Raúl se marchó apresuradamente de su sitio, el conde desapareció de su palco y, mientras se bajaba el telón, los abonados se precipitaron á la entrada del escenario. El público esperaba un anuncio en un estrépido indescriptible. Todo el mundo hablaba al mismo tiempo y cada cual trataba de explicar cómo habían pasado las cosas. Unos decían: "Se ha caído por un escotillón"; otros: "Ha sido arrebatada á las bambalinas, víctima, acaso, de algún nuevo mecanismo inaugurado por la nueva empresa," y otros: "Es una emboscada, lo prueba bastante la coincidencia de la desaparición y de la obscuridad."

Por fin, se levantó lentamente el telón, y Carolus Fonta se adelantó hasta el atril del director de orquesta y anunció con voz grave y triste:

"Respetable público: acaba de producirse un suceso inaudito y

que nos tiene en una profunda inquietud. Nuestra compañera Cristina Daé ha desaparecido ante nuestros ojos sin que se pueda saber cómo."

XVII

SINGULAR ACTITUD DE UN ALFILER IMPERDIBLE.

En el escenario, era aquello una confusión sin nombre. Artistas, tramoyistas, bailarinas, figurantes, coristas y abonados, todo el mundo preguntaba, gritaba y se empujaba.—"¿Qué ha sido de ella?"—"La han robado."—"Ha sido el vizconde de Chagny".—"No, ha sido el conde."—"¡Ah! . . . ahí está la Carlota. . . ¡Ella es la que ha dado el golpe!"—"No, ha sido el fantasma."

Y algunos se reían, sobre todo, desde que un examen atento de las tablas y escotillones había hecho descartar la idea de un accidente.

En aquella multitud ruidosa se notaba un grupo de tres personajes que hablaban en voz baja con gestos desesperados. Eran Gabriel, el maestro de canto, Mercier, el administrador, y el secretario Remy, que se habían retirado al ángulo de un bastidor que comunicaba la escena con el ancho corredor del saloncillo del baile. Allí, detrás de enormes accesorios, estaban lamentando.

—¡He llamado, y no han respondido! ¡No están acaso en el despacho! . . . ¡En todo caso, es imposible saberlo, pues se han llevado las llaves!

Así se expresaba el secretario Re-

my, que indudablemente se refería con estas palabras á los señores directores. Estos habían dado la orden, en el último entreacto, de no molestarles con ningún pretexto. . . . "¡No estaban para nadie!"

—Con todo, exclamó Gabriel, no se roba a un cantante en plena escena todos los días. . . .

—¿Les ha gritado usted eso?—preguntó Mercier.

Vuelvo allá, respondió Remy. Y desapareció corriendo.

En esto llegó el traspunte.

—Y bien, señor Mercier, ¿viene usted? ¿Qué hacen ustedes aquí los dos? Hay necesidad de usted, señor administrador.

—No quiero hacer ni saber nada antes de que llegue el comisario, declaró Mercier. He enviado á buscar á Mifroid. Ya veremos cuando esté aquí!

—Pues yo le digo á usted que hay que bajar en seguida al aparato central de la luz.

—No antes de que llegue el comisario. . . .

—Yo he bajado ya al aparato.

—¿Y qué ha visto usted allí?

—Pues bien, no he visto á nadie. ¿Entiende usted bien? A nadie.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?

—Evidentemente, respondió el traspunte, pasándose con frenesí las manos por la rebelde cabellera. ¡Evidentemente! Pero, acaso, si hubiera alguien en el aparato, ese alguien podría explicarnos cómo se ha quedado de repente á oscuras la escena. Ahora bien, Maclair no está en ninguna parte. . . . ¿Comprende usted?

Maclair era el jefe del alumbrado, que dispensaba á su voluntad

el día y la noche en el escenario de la Opera.

—Maclair no está en ninguna parte, repitió Mercier confuso. Y bien, ¿y sus ayudantes?

—Ni Maclair ni sus ayudantes! No hay nadie en el alumbrado, le digo a usted. Puede usted pensar, grita el traspuente, que esa chica no se ha robado sola. Había en esto un golpe preparado que es preciso saber. . . . ¿Y los directores que no están aquí! . . . He prohibido que se baje el aparato y he puesto un bombero en el chiribitil. . . ¿He hecho bien?

—Sí, sí, ha hecho usted bien. . . Y, ahora, esperemos al comisario.

El traspuente se aleja encogándose de hombros, rabioso y mascando injurias á esos "gallinas" que se están tranquilamente metidos en un rincón, cuando todo el mundo está en el aire.

Gabriel y Mercier no estaban nada tranquilos. Pero habían recibido una consigna que los paralizaba. No se debía molestar á los directores: por ninguna razón del mundo. Remy había infringido esa consigna, y no le había dado resultado.

Justamente, Remy vuelve de su nueva expedición. Su expresión es curiosamente asustada.

—Y bien, ¿los ha hablado usted? interroga Mercier.

—Moncharmin ha acabado por abrirme la puerta. Se le salían los ojos de la cara y creí que me iba á pegar. No he podido decir una palabra, y sabe usted lo que me ha gritado?—¿Tiene usted un alfiler imperdible?— "¡No!" — "Pues bien, déjeme usted en paz. . . ." Quise replicarle que pa-

saba en el teatro un acontecimiento inaudito, y exclamó:— "¡Un imperdible! ¡Deme usted en seguida un imperdible!"

Un mozo de la oficina que le oyó, pues gritaba como un sordo, acudió con un imperdible y se lo dió. Moncharmin, en seguida, me dió con la puerta en las narices. Y nada más.

—¿Y no ha podido usted decirle: Cristina Daé? . . .

—Hubiera yo querido verle á usted allí! ¡Echaba espuma por la boca! . . . ¡No pensaba más que en su imperdible! . . . ¡Creo que, si no se le da en el momento, cae con un ataque de nervios! . . . Ciertamente, todo esto no es natural, y nuestros directores se están volviendo locos. . . .

El secretario Remy no está contento, y así lo hace ver.

—Esto no puede seguir así. . . . No tengo costumbre de ser tratado de este modo. . . .

De repente, Gabriel dice muy bajo:

—Es un nuevo golpe del F. de la O.

Remy se burla, Mercier suspira y parece pronto á soltar una confidencia. . . . pero mira á Gabriel, que le hace seña de callarse, y permanece mudo. No olvidemos que Gabriel y Mercier están al corriente de las dificultades experimentadas por los directores con motivo del F. de la O.

A todo esto, Mercier, que siente aumentar su responsabilidad á medida que pasan los minutos, y los directores no se dejan ver, no puede contenerse.

—¡Bah! voy yo mismo á sacarlos de allí, decide.

Gabriel se pone de repente muy

sombrio y muy grave y le detiene.

—¡Piense usted lo que hace, Mercier! Si permanecen en su despacho, es que, acaso, es necesario. . . El F. de la O. es capaz de muchas cosas.

Pero Mercier mueve la cabeza.

—Tanto peor; voy allá. Si se me hubiera escuchado, hace mucho tiempo que se le hubiera dicho todo á la policía.

Y echa á correr.

—¿Qué es todo? pregunta en seguida Remy. ¿Qué es lo que se hubiera dicho á la policía? ¡Ah! se calla usted, Gabriel. . . . También usted está en la confidencia. . . . Pues bien, no haría usted mal en ponerme en ella, si no quiere que crea que todos ustedes se vuelven locos. . . . Sí, en verdad, todos.

Gabriel toma una expresión estúpida y afecta no comprender esa salida inconveniente del señor secretario particular.

—¿Qué confidencia? murmura. No sé lo que quiere usted decir.

Remy se exaspera.

—Esta noche, Richard y Moncharmin, aquí mismo, en los entreactos, hacían gestos de alienados.

—No he notado nada, gruñe Gabriel muy contrariado.

—Pues es usted el único. . . ¿Cree usted que no los he visto? . . . ¿Y cree usted que el señor Parabise, el director del Crédito Central, no ha echado de ver nada? ¿Y que el embajador de la Borderie tiene los ojos en el bolsillo? . . . Señor maestro de canto, todos los abonados se mostraban con el dedo á nuestros directores.

—¿Pero qué hacían nuestros di-

rectores?, pregunta Gabriel con su expresión más inocente.

—¿Qué hacían? Usted lo sabe mejor que nadie, puesto que estaba allí. Usted y Mercier los observaban y eran los únicos que no se reían.

—¡No comprendo!

Muy frío y muy reservado, Gabriel extiende los brazos y los deja caer, además que significa evidentemente que se desinteresa de la cuestión. . . . Remy continúa:

—¿Qué significa esta nueva manía? . . . "No quieren ahora que nadie se les acerque".

—¿Cómo? ¿No quieren que nadie se les acerque?

—"No quieren que se les toque."

—¿Verdaderamente ha notado usted que "no quieren que se les toque?" ¡Esto es ciertamente raro!

—¡Lo concede usted! ¡Gracias á Dios! ¡Y "andan hacia atrás!"

—¡Hacia atrás! ¡Ha notado usted que nuestros directores "andan hacia atrás!" Yo creí que sólo los cangrejos andaban de ese modo.

—No se ría usted, Gabriel, no se reía. . . .

—No me río, protesta Gabriel, que se pone tan serio "como un papa."

—¿Podría usted explicarme, Gabriel, usted que es el amigo íntimo de la dirección, por qué en el entreacto del jardín, delante del saloncillo, cuando yo me adelantaba con la mano extendida hacia Richard, oí á Moncharmin decirme precipitadamente, en voz baja: "¡Aléjese usted! ¡Aléjese usted! ¡Y, sobre todo, no toque al señor director! . . . ¿Soy yo algún pestífero?"

—¡Increíble!

—Y momentos después, cuando el embajador de la Borderie se dirigió á su vez hacia el señor Richard, ¿no ha visto usted á Moncharmin interponerse entre ellos, ni le ha oído exclamar: ¡Señor embajador, le conjuro á usted á que no toque al director!....

—¡Extraordinario!.... ¿Y qué hacia Richard mientras tanto?

—¿Qué hacia?.... Bien lo ha visto usted.... Daba media vuelta, "saludaba, siendo así que no había nadie delante de él" y se retiraba "andando hacia atrás...."

—¿Hacia atrás?

—Y Moncharmin, después de Richard, dió también media vuelta, es decir, que describió detrás de Richard un rápido semicírculo y se retiró "andando hacia atrás".... ¡Han ido "así" hasta la escalera de la administración, "hacia atrás!".... En fin, si no están locos, ¿me explica usted qué quiere decir esto?

—Puede ser, indica Gabriel sin convicción, que estuvieran ensayando una figura de baile.

El secretario Remy se siente ultrajado por broma tan vulgar en un momento tan dramático. Frúncense sus cejas, contraense sus labios y dice al oído de Gabriel:

—No las oche usted de listo, Gabriel, aquí pasa algo en que Mercier y usted pudieran tener una parte de responsabilidad.

—¿Qué es ello? interroga Gabriel.

—Cristina Daé no es la única que ha desaparecido esta noche, seguramente.

—¡Bah!....

—No hay "bah" que valga! ¿Podría usted decirme por qué,

cuando la Giry ha bajado al salóncito, Mercier la ha cogido de la mano y se la ha llevado con él?

—¡Calla! dice Gabriel, no he reparado.

—Tanto lo ha reparado usted, Gabriel, que ha seguido á Mercier y á la Giry hasta el despacho de Mercier. Desde ese momento se le ha visto á usted y se ha visto á Mercier, pero no se ha vuelto á ver á la Giry.

—¿Cree usted que nos la hemos comido?

—No, pero la han encerrado ustedes con dos vueltas de llave en el despacho, y cuando se pasa por allí, ¿sabe usted lo que se oye? Se oyen estas palabras: "¡Ah! los bandidos.... ¡Ah! los bandidos...."

En este momento de tan singular conversación, llega Mercier falto de aliento y dice con voz oscura:

—¡Es lo más fuerte del mundo!... Les he gritado: "¡Es muy grave!

¡Abrañ ustedes! ¡Soy yo, Mercier!" He oído pasos, se ha abierto la puerta y ha aparecido Moncharmin. Estaba muy pálido. "¿Qué quiere usted?" me pregunta. Yo respondo: "¡Han robado á Cristina Daé!" ¿Y saben ustedes lo que me ha respondido? "¡Mejor para ella!" Y ha cerrado la puerta depositándome ésto en la mano.

Mercier abre la mano y Remy y Gabriel exclaman:

—¡El imperdible!— exclama Remy.

—¡Extraño! ¡Extraño! dice muy bajo Gabriel, que no puede menos de estremecerse.

De repente una voz los hace volverse á los tres.

—Dispensen ustedes, señores, ¿Po-

drian decirme dónde está Cristina Daé?

A pesar de la gravedad de las circunstancias, semejante pregunta los hubiera hecho soltar la carcajada si no hubieran visto una cara tan dolorosa que les dió lástima en seguida. Era el vizconde Raúl de Ghagny.

XVIII

"¡CRISTINA! ¡CRISTINA!"

El primer pensamiento de Raúl después de la desaparición de Cristina Daé, había sido para acusar á Erik. El joven no dudaba del poder casi sobrenatural del Ángel de la Música en aquel dominio de la Opera donde había establecido diabólicamente su imperio.

Y Raúl se había precipitado hacia la escena en una locura de desesperación y de amor. ¡Cristina! ¡Cristina! gemía trastornado, llamándola como ella debía llamarle desde el fondo de aquel abismo oscuro á que el monstruo se la había llevado como una rapia, trémula aún de su exaltación divina y vestida ya con el blanco sudario con que se estaba ofreciendo á los ángeles del paraíso.

—¡Cristina! ¡Cristina! repetía Raúl... Y le parecía oír los gritos de la joven á través de aquellas tablas frágiles que le separaban de ella. Raúl se inclinaba y escuchaba... Andaba por el escenario como un insensato. ¡Ah! bajar... bajar á aquel pozo de tinieblas del que están cerradas todas las talidas...

¡Ah! aquel obstáculo frágil que se deslizaba tan fácilmente de ordinario sobre sí mismo para dejar ver el abismo á que tiende todo su deseo... aquellas tablas que su paso hace crugir y que sueñan bajo su peso el prodigioso vacío de los fosos... aquellas tablas están más inmóviles esta noche, y se dan el aspecto sólido de no haberse movido jamás... ¡Y las escaleras que permiten bajar están prohibidas para todo el mundo!...

¿Qué va á ser de él? ¿Qué es de ella? ¿Dónde está?... ¡Cristina! ¡Cristina!... Se le rechaza riendo; todo el mundo se burla de él... Se cree que el pobre novio tiene el cerebro enfermo.

¿En qué carrera forzada, entre los corredores de noche y de misterio, de él sólo conocidos, ha arrastrado Erik á la pura niña hasta aquella guarida horrible de la cámara Luis Felipe, cuya puerta da acceso al lago de Infierno?... ¡Cristina!... ¡Cristina!... ¡No respondes! ¿Estás siquiera viva, Cristina? ¿No has exhalado el último suspiro en un minuto de horror sobrehumano, bajo el aliento abrasador del monstruo?

Horribles pensamientos atraviesan como relámpagos el cerebro congestionado de Raúl.

Evidentemente, Erik ha debido de sorprender su secreto y saber que Cristina le hacía traición. ¿Qué venganza va á ser la suya? ¿A que no se atreverá el Ángel de la Música precipitado de lo alto de su orgullo? ¡Cristina entre los brazos omnipotentes del monstruo está perdida!

Y Raúl piensa aún en las estrellas de oro que fueron en la no-

che última á errar en su balcón. ¡Por qué no las ha aniquilado con su arma impotente!...

Ciertamente, hay ojos extraordinarios de hombre que se dilatan en las tinieblas y brillan como estrellas ó como ojos de gato. (Ciertos albinos, que parecen tener ojos de conejo de día, los tienen de gato de noche; todo el mundo sabe esto).

¡Sí, sí; era contra Erik contra quien Raúl había tirado! ¿Por qué no le había matado? El monstruo se había escapado por el canalón como los gatos ó los presidentes, que, todo el mundo lo sabe, escalarían el cielo con el apoyo de un canalón.

Sin duda Erik meditaba entonces alguna empresa decisiva contra el joven, pero había sido herido y se había escapado para volverse contra la pobre Cristina.

Así piensa cruelmente el infeliz Raúl al dirigirse al cuarto de la cantante...

¡Cristina! ¡Cristina!... Amargas lágrimas quemán las pupilas del joven, que ve esparcidos por los muebles las ropas destinadas á vertir á su bella prometida en la hora de su fuga... ¡Ah! ¿Por qué no ha querido marcharse antes? ¿Por qué haber tardado tanto?... ¿Por qué haber jugado con la catástrofe amenazadora y con el corazón del monstruo?... ¿Por qué haber querido ¡piedad suprema! dar como último pasto á aquella alma de demonio ese canto celestial?...

¡Ángeles puros! ¡Ángeles radiantes!

¡Llevad mi alma al seno de los cielos!...

Raúl, cuya garganta está llena de sollozos, de juramentos y de injurias, toca con sus manos inhábiles el gran espejo que se abrió una noche para dejar bajar á Cristina á la tenebrosa morada. Apoya, oprime, palpa, golpea con el puño el gran espejo inmóvil... pero parece que el espejo no obedece más que á Erik... Acaso las acciones son inútiles con semejante espejo... Puede que bastase pronunciar unas palabras... Cuando era pequeño, le contaban que había objetos que obedecían así á las palabras...

Raúl recuerda de repente...

"Una reja que da á la calle Scribe... Un subterráneo que sube directamente desde el lago hasta esa calle..." Sí, Cristina le ha hablado de esto... Y sale corriendo.

Ya está fuera... Pasea las manos temblorosas por las piedras ciclópeas, busca salidas, encuentra barras... ¿Son éstas? ¿Son aquéllas? ¿Será este tragaluz?... Sumerge las miradas impotentes entre las barras... ¡Qué noche tan profunda hay allí dentro!... Escucha... ¡Qué silencio!... Da vueltas en torno del monumento... ¡Ah! hay aquí grandes barras, verjas prodigiosas... Es la puerta del patio de la administración.

Raúl corre al cuarto de la conserje. "Dispense usted, señora; ¿no podría usted indicarme una puerta con reja... sí, una puerta de barras de hierro, que da á la calle de Scribe y que conduce al lago?... Ya sabe usted, el lago, el lago que está debajo de tierra, en el fondo de la Opera..."

—Caballero, ya sé que hay un

lago debajo de la Opera, pero no sé qué puerta conduce á él... No he ido nunca.

—¿Y la calle de Scribe, señora?... ¿No ha ido usted nunca á la calle de Scribe?

¡Aquella mujer se ríe! ¡Suelta la carcajada! Raúl se va gruñendo, salta, trepa escaleras, baja otras, atraviesa toda la administración y vuelve á encontrarse en la luz del escenario.

Se detiene y su corazón palpita hasta romperse en su pecho anheloso. ¿Se habrá ya encontrado á Cristina Daé? He aquí un grupo; el joven interroga:

—Dispensen ustedes, señores. ¿No han visto ustedes á Cristina Daé?

Se le ríen.

En el mismo momento corre por el escenario un nuevo rumor y en una multitud de fraques negros que le rodean de movimientos de brazos explicativos, aparece un hombre que tiene un aspecto amable y tranquilo, sonrosado, moletado, rizado el pelo y ojos azules de una serenidad maravillosa. El administrador Mercier designa al recién llegado al vizconde de Chagny y le dice:

—Este es el hombre, caballero, al que debe usted hacer en adelante su pregunta. Le presento á usted al señor comisario de policía, señor Mifroid.

—¡Ah! el señor vizconde de Chagny... Encantado de ver á usted, caballero, dice el comisario. Si quiere usted tomarse la molestia de seguirme... Y ahora, ¿dónde están los directores?

Como el administrador se calla, el secretario, Remy, echa sobre sí el decir al comisario que los di-

rectores están encerrados en su despacho y que no conocen aún el acontecimiento.

—¿Es posible? ¡Vamos á su despacho!

Y el señor Mifroid, seguido de un cortejo que va creciendo, se dirige á la administración. Mercier ap. vecha la confusión para dar una llave á Gabriel.

—Esto se pone feo, murmura... Vete á dar suelta á la Giry...

Y Gabriel se aleja.

Pronto llegan á la puerta de los directores y Mercier hace oír en vano sus amonestaciones. La puerta no se abre.

—¡Abran ustedes en nombre de la ley! dice la voz clara y un poco alarmada del comisario.

Por fin se abre la puerta y todos se precipitan en las oficinas detrás de Mifroid.

Raúl entra el último, y cuando se dispone á seguir al grupo, una mano se pone en su hombro y oye estas palabras, pronunciadas á su oído:

—"Con los secretos de Erik no tiene que ver nadie."

Raúl se vuelve ahogando un grito. La mano que se había posado en su hombro está ahora en los labios de un personaje de tez de ébano, ojos de azabache y que lleva un gorro de astracán.

El desconocido prolonga el gesto que recomienda la discreción, y en el momento en que Raúl estupefacto va á preguntarle la razón de su intervención misteriosa, saluda y desaparece.



XIX

REVELACIONES ASOMBROSAS DE LA GIRY ACERCA DE SUS RELACIONES PERSONALES CON EL FANTASMA DE LA OPERA.

Antes de seguir al comisario de policía Mifroid al despacho de los directores, me permitirá el lector que le hable de ciertos sucesos extraordinarios que acababan de desarrollarse en el despacho en que el secretario Remy y el administrador Mercier habían intentado en vano penetrar y en que Richard y Moncharmin se habían encerrado tan herméticamente con un designio que el lector ignora todavía, pero que es mi deber de historiador no ocultarle más tiempo.

No asombraré á nadie afirmando que Richard y Moncharmin no habían perdido la esperanza de hacer entrar de nuevo en su caja los primeros 20.000 francos que el fantasma había hecho salir. Y, con este objeto, no habían vacilado en arriesgar otros 20.000. Es ésta, por lo demás, una audaz especulación ó, si se quiere, un atrevido cálculo muy frecuente en los jugadores desgraciados. Los directores habían perdido la primera partida contra el F. de la O. y esperaban ganar la segunda.

—¡Nuestra es la segunda partida! había, pues, exclamado Richard. No te he predicado tanto la paciencia, mi pobre Moncharmin, sino para coger al F. de la O. con las manos en la masa.

La masa, en este caso, no era

nada menos que el "sobre mágico."

Habíale dicho eso en aquella misma mañana mostrándole una nueva misiva del fantasma que les recordaba el vencimiento. "Hagan ustedes lo mismo que la otra vez, les decía amablemente el F. de la O. 'Las cosas pasaron muy bien.' Entreguen el sobre en que hayan metido los 20.000 francos á esa excelente señora Giry."

Y la nota iba acompañada del sobre de costumbre. No había más que llenarle.

Esta operación debía ser realizada aquella misma noche, media hora antes de la función. Es, pues, media hora antes de que el telón se levante para esta famosa representación de "Fausto" cuando penetramos en el antro directorial.

Richard enseña el sobre á Moncharmin, cuenta después, delante de él, los veinte billetes de mil francos y los mete en el sobre, pero sin cerrarle.

—Y ahora, dice, llama á la Giry.

Se va á buscar á la vieja, que entra haciendo una bella reverencia. La señora sigue teniendo su traje de tafetán negro, cuyo tinte tira al lila, y su sombrero con plumas de color de hollín. Parecía de buen humor y dijo en seguida:

—Buenas noches, señores. ¿Es sin duda otra vez para el sobre?

—Sí, señora Giry, dijo Richard con gran amabilidad... Para el sobre, y para otra cosa.

—Al servicio de usted, señor director. ¿Y qué otra cosa es esa?

—En primer lugar, señora Giry, tengo que hacer á usted una pregunta

—Hágala, señor director; aquí estoy para responderle.

—Estamos de acuerdo y vamos á entendernos. La historia del fantasma es una guasa, ¿no es verdad? Pues bien, siempre entre nosotros, es preciso que acabe.

La Giry miró á los directores como si le hubiesen hablado en chino. Se acercó á la mesa de Richard y dijo algo alarmada:

—¿Qué quiere usted decir?... ¡No le comprendo!

—¡Bah! nos comprende usted muy bien. Y, en todo caso, tiene que comprendernos... En primer lugar, va usted á decirnos cómo se llama.

—¿Quién?

—Aquel de quien es usted cómplice, señora Giry.

—¿Yo soy cómplice del fantasma? ¿Yo?... ¿Cómplice de qué?

—Usted hace todo lo que él quiere.

—¡Oh!... No es muy molesto, bien lo sabe usted...

—¿Le sigue dando á usted propinas?

—¡No me puedo quejar!

—¿Cuánto le da á usted por llevarle este sobre?

—Diez francos.

—¡Diablo! No es caro.

—¿Por qué?

—Ya se lo diré á usted dentro de un momento. Ahora, quisiéramos saber por qué razón... extraordinaria... se ha dado usted en cuerpo y alma á este fantasma más bien que á otro... No es por cinco ó por diez francos por lo que se puede tener la amistad y la abnegación de la señora Giry.

—¡Eso es verdad!... Y, ciertamente, puedo decir á usted esa razón, señor director, puesto que

no hay deshonra en ella, sino al contrario.

—No lo dudamos, señora Giry.

—Pues bien, oiga usted... El fantasma no quiere que se cuenten sus historias...

—¡Hola, hola! exclamó Richard con sarcasmo.

—Pero esto no importa á nadie más que á mí, siguió diciendo la vieja. Así, pues, en el palco número cinco, encuentro un día una carta para mí, una especie de nota escrita con tinta roja... Esta nota, señor director, no necesito leérsela, porque la sé de memoria y no la olvidaré aunque viva cien años...

Y la Giry, muy tiesa, recita la carta con una conmovedora elocuencia:

—"Señora:—1825, la señorita Menetrier, figurante, llega á ser marquesa de Cussy.—1832, Maria Taglioni, bailarina, es hecha condesa Gilbert des Voisins.—1846, la Sota, bailarina, se casa con un hermano del rey, de España.—1847, Lola Montes, bailarina, se casa morganáticamente con el rey Luis de Baviera y es nombrada condesa de Landsfeld.—Maria, bailarina, se convierte en baronesa de Hermeville.—1870, Teresa Hessler, bailarina, se casa con Don Fernando, hermano del rey de Portugal..."

Richard y Moncharmin escuchan á la vieja, que á medida que avanza en la curiosa enumeración de aquellos ilustres himeneos, se anima, se yergue, cobra audacia y, finalmente, inspirada como una sibila en su tripode, lanza con voz vibrante de orgullo la última frase de la carta profética:—1885, "Meg Giry, emperatriz."

Agotada por aquel supremo esfuerzo, la acomodadora vuelve á caer en su silla diciendo: "Señores, esto estaba firmado: "¡El fantasma de la Opera!" Ya había yo oído hablar del fantasma, pero no creía en él más que á medias. Desde el día en que me anunció que mi Meg, la carne de mi carne, el fruto de mis entrañas, sería emperatriz, creí en él por completo."

En verdad, no había necesidad de contemplar largo rato la fisonomía exaltada de la Girý para darse cuenta de lo que se había podido obtener de aquella hermosa inteligencia con estas dos palabras: "Fantasma y emperatriz."

¿Pero quién tenía los bramanes de aquel extravagante maniquí? ¿Quién?...

—Señora Girý, ¿sabe usted lo que hay en este sobre?

—Dios mío, no.

—Pues bien, mire usted.

La Girý introduce en el sobre una mirada turbia, pero que recobra en seguida su brillo.

—¡Billetes de mil francos! exclama.

—Sí, señora Girý, billetes de mil francos... Y usted lo sabía muy bien.

—¡Yo, señor director! ¡Yo! Le juro á usted...

—No jure usted, señora Girý... Y, ahora, voy á decir á usted la otra cosa por la cual la he hecho venir... Señora Girý, voy á hacer que la prendan á usted.

Las dos plumas negras del sombrero color de hollín, que ostentaban de ordinario la forma de dos interrogaciones, se truecan en admiraciones, y el sombrero mismo oscila amenazador en un mo-

ño tempestuoso. La sorpresa, la indignación, la protesta y el espanto se traducen aún en la madre de Meg en una especie de pirueta extravagante de la Virtud ofendida, que la lleva de un salto hasta debajo de la nariz del director, el cual no puede menos de retirar su butaca.

—¡Hacer que me prendan!

La boca que esto decía parecía que iba á escupir á la cara de Richard los tres dientes de que aún disponía.

Richard estuvo heroico y no retrocedió más. Su índice amenazador designaba ya á los magistrados ausentes de la acomodadora del palco número cinco.

—Voy á hacer que la prendan á usted como ladrona.

Cosa extraordinaria, la Girý parece calmarse de repente.

—Sí es á causa de los veinte mil, dice casi tranquilamente, usted, señor Richard, "debe de saber mejor que yo dónde fueron á parar"...

—¿Yo? interroga Richard estupefacto. ¿Cómo he de saberlo?

—Porque pasaron á su bolsillo de usted, dice la vieja mirándole ahora como si viese al diablo.

Y añade en voz baja:

—Tanto peor... Ya está... Que el fantasma me perdone.

Y al ver que Richard se pone de nuevo á chillar, Moncharmin, con autoridad, le dice que se calle.

—¡Poco á poco! ¡Poco á poco! deja á esta mujer que se explique.

Pero Richard, que raya en la apoplejía, le responde:

—¡Yo! ¡Que yo tengo los veinte mil francos en el bolsillo! ¡Quiéres que le deje decir eso!

La Girý, mártir, levanta la ca-

beza, en que irradia la fe en su propia inocencia.

—Yo no he podido decir eso, declara, puesto que fui yo, en persona, quien metió los veinte mil francos en el bolsillo del señor Richard, si es que allí había veinte mil francos, lo que no sé, ni el señor Richard tampoco.

—¡Ah, ah! dice Richard afectando de pronto una expresión de bravura que desagradó á Moncharmin. ¡Yo tampoco sabía nada! ¡Usted mete veinte mil francos en mi bolsillo, y yo no sé nada! Celebro saberlo, señora Girý.

—Sí, afirma la terrible dama, es verdad... No sabíamos nada ni el uno ni el otro... Pero usted debió de acabar por echarlo de ver.

Richard devoraría ciertamente á la Girý si Moncharmin no estuviera allí. Pero Moncharmin la protege y precipita el interrogatorio.

—¿Qué especie de sobre metió usted en el bolsillo del señor Richard? No era el que nosotros dimos á usted para que lo llevase delante de nosotros al palco número cinco, y sin embargo, aquél sólo contenía los veinte mil francos.

—Dispense usted. Fué el que ustedes me dieron el que metí en el bolsillo del señor director, explica la Girý. El que deposité en el palco del fantasma era otro sobre exactamente igual, que tenía yo dispuesto en mi manga.

Y, al decir esto, la Girý saca de la manga un sobre preparado é idéntico al que contenía los veinte mil francos. Los directores se apoderaron de él, le abren y encuentran veinte billetes falsos como

los que les dejaron tan estupefactos un mes antes.

—¡Qué sencillo es! dice Richard. —¡Muy sencillo!... repite más solemnemente que nunca Moncharmin.

—Los juegos más célebres, responde Richard, han sido siempre los más simples. Basta un cómplice...

—¡O una cómplice! añade con voz alterada Moncharmin.

Y continúa, con los ojos fijos en la Girý, como si quisiera hipnotizarla:

—¿Fue el fantasma quien le hizo á usted llegar este sobre, y fué también él quien le dijo que le reemplazase con el que nosotros le entregábamos?... ¿Fué él quien dijo á usted que metiese este último en el bolsillo del señor Richard?

—Sí, señor, fué él.

—¿Podría usted, entonces, señora, hacernos ver una muestra de sus habilidades?... Aquí está el sobre; haga usted como si no supiéramos nada.

—Como ustedes quieran, señores.

La Girý vuelve á coger el sobre cargado con sus veinte mil francos y se dirige á la puerta, disponiéndose á salir.

Pero los dos directores están ya encima de ella.

—¡Ah! no, no nos "la dan más." Tenemos bastante, y no queremos volver á las andadas.

—Dispensen ustedes, se excusa la vieja. Me han dicho ustedes que hiciese como si no supieran nada. Pues bien, en ese caso, me iría con el sobre.

—¿Y cómo le metería usted entonces en mi bolsillo?... argumen-

ta Richard, del que Moncharmin no quita el ojo izquierdo, mientras el derecho sigue muy ocupado en la Girya, posición difícil para la mirada; pero Moncharmin está decidido á todo por descubrir la verdad.

—Debe metérsele á usted en el bolsillo en el momento en que usted menos lo espera, señor director. Sabe usted que, todas las noches, en el curso de la función, voy á dar una vueltecita por los bastidores, y acompaño, como es mi derecho de madre, á mi hija al saloncillo del baile, para llevarle las polainas, los polvos y lo que necesita; en una palabra, que voy y vengo á mi antojo. También lo hacen los señores abonados y usted, señor director.... Hay mucha gente, y yo paso por detrás de usted y le meto el sobre en el bolsillo del faldón del frac. No es difícil.

—¡No es difícil! gruñe Richard poniendo unos ojos de Júpiter tonante. ¡No es difícil! Pero la cosa á usted en flagrante delito de mentira, vieja bruja.

El insulto hiere menos á la digna dama que el golpe que se quiere asestar á su buena fe, y la Girya se yergue, hirsuta, con los tres dientes fuera de la boca.

—¿A causa de qué?

A causa de que aquella noche la pasé vigilando el palco número cinco y el falso sobre que en él había usted puesto. No bajé ni un segundo al saloncillo del baile.

—Es que, señor director, no fué esa noche cuando le metí el sobre, sino en la función siguiente.... Era la noche en que el señor subsecretario de Bellas Artes...

Al oír estas palabras, Richard interrumpe bruscamente á la Girya.

Es verdad, dice pensativo, ahora recuerdo.... El señor subsecretario vino á los bastidores y me mandó llamar.... Yo bajé un momento al saloncillo del baile y estaba en la escalera de dicho saloncillo. El subsecretario y su jefe de gabinete estaban en el saloncillo mismo.... De repente, me volví, y noté que pasaba usted detrás de mí, señora Girya, y me pareció que me había usted rozado.... No había detrás de mí nadie más que usted.... ¡Oh! me parece que la estoy á usted viendo....

—Y bien, eso es, señor director.... Acababa de hacer mi pequeña operación en su bolsillo.... Ese bolsillo, señor director, es muy... modo.

Y uniendo la acción á la palabra, la Girya pasa por detrás de Richard y, vivamente, de modo que el mismo Moncharmin que mira esta vez con los dos ojos, se queda impresionado, deposita el sobre en el bolsillo de uno de los faldones del frac del director.

—Evidentemente, exclama Richard un poco pálido.... Es inteligente por parte del F. de la O. El problema, para él, se plantea así: suprimir todo intermedio peligroso entre el que le da los veinte mil francos y el que los recibe. No podía ocurrírsele nada mejor que venir á cogérmelos en mi bolsillo sin que yo lo notase, puesto que no sabía siquiera que se encontraba en él.... ¡Es admirable!

—¡Sí! ¡admirable sin duda!... dijo, exagerando el tono, Mon-

charmin. Pero tú olvidas, Richard, que he dado diez mil francos de esos veinte mil, y que no se ha metido nada en mi bolsillo.

XX

CONTINUACION DEL CURIOSO
EPISODIO DEL ALFILER
IMPERDIBLE.

La última frase de Moncharmin expresaba de un modo demasiado evidente la sospecha que había concebido contra su colaborador, para que no resultase inmediatamente una explicación tempestuosa, al final de la cual quedó convenido que Richard se plegaría á todos los deseos de Moncharmin, con el objeto de ayudarle á descubrir al extraño, fantástico y miserable individuo que así se burlaba de ellos.

Llegamos de este modo al "entreacto del jardín," durante el cual el secretario Remy, al que nada se escapa, ha observado con tanta curiosidad la extraña conducta de sus directores; y nada nos será más fácil que encontrar una razón á unas actitudes tan excepcionalmente ridículas y tan poco conformes, sobre todo, con la idea que debemos formarnos de la dignidad directorial.

La conducta de Richard y de Moncharmin estaba indicada por la revelación que acababa de hacerseles. 1o. Richard debía repetir exactamente aquella noche los ademanes que había realizado cuando la desaparición de los primeros veinte mil francos. 2o. Moncharmin no debía perder de vista un instante el bolsillo posterior

de Richard, en el que la Girya habría puesto los segundos veinte mil.

En el mismo sitio en que se había colocado para saludar al subsecretario de Bellas Artes, púsose Richard, teniendo á su espalda, á pocos pasos, á Moncharmin.

La Girya pasa, rozando á Richard, deja los veinte mil en el bolsillo del faldón de su director, y desaparece....

O, mejor dicho, se la hace desaparecer. Ejecutando la orden que Moncharmin le ha dado unos minutos antes, Mercier va á encerrar á la buena mujer en la oficina de la administración. De este modo será imposible á la vieja comunicarse con su fantasma. Y ella se deja hacer, pues la Girya no es ya más que una pobre figura deslumada, extraviada de espanto, abriendo unos ojos de gallina asustada bajo una cresta en desorden, oyendo ya en el sonoro pasillo los pasos del comisario con que está amenazada y dando unos suspiros que hubieran podido partir las columnas de la gran escalera.

Mientras tanto, Richard se inclina, hace una reverencia y anda de espaldas, como si tuviera delante al alto y omnipotente personaje.

Solamente que si aquellas marcas de respeto no hubiesen despertado ninguna extrañeza en el caso de que delante del director se hubiera encontrado el subsecretario, causaron á los espectadores de esta escena tan natural, pero tan inexplicable, una estupefacción muy comprensible, siendo así que delante del director no había nadie.

Richard saludaba al vacío, se andaba hacia atrás delante del espacio...

Y en fin, á pocos pasos, Moncharmain hacia lo mismo que él.

Y, rechazando á Remy, suplicaba al embajador de la Boderie y al director del Crédito Central "que no tocasen al señor director."

Moncharmain, que tenía su idea, no quería que dentro de un momento, si desaparecían los veinte mil francos, viniese Richard á decirle que podían haber sido el embajador, el director del Crédito ó el secretario Remy.

Con mucha mayor razón cuanto que, cuando la primera escena, Richard, según confesión propia, no había encontrado á nadie después de rozarse con la Giry en aquella parte del teatro... ¿Por qué, puesto que se trataba de repetir los mismos actos, había de encontrar hoy á nadie?

Después de haber andado hacia inclinado delante de la nada y atrás para saludar, Richard siguió andando del mismo modo, por prudencia... hacia el pasillo de la administración... De esta manera, estaba siempre vigilado por detrás por Moncharmain, y vigilaba él mismo sus alrededores por delante.

Repetimos que este modo tan nuevo adoptado para pasearse por el escenario por los directores de la Escuela Nacional de Música, no debía, evidentemente, pasar inadvertido.

Todo el mundo reparó en ello. Y, fe'zmente para Richard y Moncharmain, en el momento de tan curiosa escena, estaban las bailarinas en sus cuartos.

Pues, de otro modo, hubieran tenido un éxito con las muchachas. Pero ellos no pensaban más que en sus veinte mil francos.

Llegado al pasillo semiobscuro de la administración, Richard dijo en voz baja á Moncharmain:

—Estoy seguro de que nadie me ha tocado. Ahora vas á ponerte bastante lejos de mí y á vigíllame en la sombra hasta la puerta de mi despacho... No hay que advertir á nadie, y ya veremos lo que pasa.

Pero Moncharmain replicó:

—¡No, Richard! ¡No! Anda delante... "y yo inmediatamente detrás." No me separo de tí ni un paso.

—Pero, exclamó Richard, de ese modo, jamás nos podrán robar nuestros veinte mil francos...

—¡Así lo espero! declara Moncharmain.

—¡Entonces, lo que estamos haciendo es absurdo!

—Estamos haciendo exactamente lo mismo que hicimos la última vez... La última vez me reuní contigo á la salida del escenario, en el rincón de este pasillo, y te seguí "pisándote los talones."

—La verdad es que así fué, suspira Richard, moviendo la cabeza y obedeciendo pasivamente á Moncharmain.

Dos minutos después, los dos directores se encerraban en el despacho de la dirección.

Moncharmain se metió la llave en el bolsillo.

—Así nos quedamos encerrados los dos la última vez, dijo, hasta el momento en que saliste de la Opera para volver á tu casa.

—¡Es verdad! ¿Y no vino nadie á hablar con nosotros?

—Nadie.

—Entonces, dijo Richard, que se esforzaba por reunir sus recuerdos, fuí robado seguramente en el trayecto de la Opera á mi domicilio.

—¡No! dijo Moncharmain en un tono más seco que nunca. ¡No! Eso no es posible, porque te llevé á tu casa en mi coche. Los veinte mil francos "desaparecieron en tu casa," eso ya, para mí, no admite duda.

Tal era la idea que tenía ahora Moncharmain.

—Eso es increíble, respondió Richard en tono de protesta. Estoy seguro de mis criados, y si uno de ellos hubiera hecho tal cosa, hubiera desaparecido después.

Moncharmain se encogió de hombros como diciendo que él no entraba en esos detalles.

En vista de lo cual, Richard empieza á encontrar que Moncharmain se está dirigiendo á él en un tono insoportable.

—¡Moncharmain, basta!

—¡Richard, y sobra!

—¿Te atreves á sospechar de mí?

—Si, de alguna broma deplorable.

—¡No se bromea con veinte mil francos!

—Soy de la misma opinión, declara Moncharmain desplegando un periódico y sumiéndose con ostentación en su lectura.

—¿Qué vas á hacer?... pregunta Richard. ¿Vas á leer ahora el periódico?

—Si, Richard, hasta la hora en que te lleve á tu casa.

—¿Como la última vez?

—Como la última vez.

Richard arranca el periódico de

las manos de Moncharmain, y éste se levanta, más furioso que nunca, y encuentra delante de él un Richard enojado que le dice, cruzándose de brazos, además de insolente desafío desde el principio del mundo:

—Oye, dice, lo que se me ocurre. Estoy pensando "en lo que yo podría sospechar" si, como la última vez, después de haber pasado la velada contigo, me llevases á mi casa y, en el momento de separarme de tí, notase que los veinte mil francos habían desaparecido de mi bolsillo, como la última vez.

—¿Qué podrías pensar? exclama Moncharmain, poniéndose como una escarlata.

—Podría pensar que, puesto que no te has separado de mí ni una línea, y has sido el único que se ha acercado á mí, como la última vez, si los veinte mil francos no estaban en mi bolsillo, tenían muchas probabilidades de encontrarse en el tuyo.

Ante tal hipótesis, Moncharmain dió un salto.

—¡Oh!... ¡Un imperdible!

—¿Qué quieres hacer con un imperdible?

—¡Atarte!... ¡Un imperdible!... ¡Un imperdible!...

—¿Quieres atarme con un imperdible?

—¡Sí, atarte á los veinte mil francos!... De este modo, bien sea aquí, en el trayecto de tu casa ó en ella, sentirás la mano que te tire del bolsillo, y verás si es la mía, Richard... ¡Ah! ¿Ahora eres tú el que sospecha de mí?... ¡Un imperdible!

Y en este momento fué cuando

Moncharmin abrió la puerta del pasillo, gritando:

—¡Un imperdible! ¿Quién me da un imperdible?

Y sabemos también cómo recibió Moncharmin en este instante al secretario Remy, que no tenía imperdible, mientras un portero procuraba al director el alfiler tan deseado.

Y he aquí lo que sucedió.

Moncharmin, después de haber vuelto a cerrar la puerta, se arrojó detrás de Richard.

—Supongo, dijo, que los veinte mil francos siguen estando ahí.

—Así lo creo, respondió Richard.

—¿Los verdaderos?... preguntó Moncharmin, que estaba bien decidido esta vez a que no "se la diesen."

—Míralo tú; yo no quiero tocarlos, declaró Richard.

Moncharmin retiró el sobre del bolsillo de Richard y sacó de él los billetes, temblando. Se cerció de que estaban todos y de que eran muy auténticos, los reunió en el bolsillo del faldón y los prendió cuidadosamente con el alfiler imperdible.

Después de lo cual, se sentó detrás del faldón y no le quitó ya ojo, mientras Richard, sentado a su mesa, no hacía movimiento.

—Un poco de paciencia, Richard, recomendó Moncharmin. No nos faltan ya más que unos minutos... Van a dar pronto las doce de la noche y a esa hora fue cuando nos marchamos la última vez.

—Tendré toda la paciencia que haga falta.

Pasaba el tiempo, lento, pesado,

misterioso, asfixiante. Richard trató de reír.

—Acabaré por creer, dijo, en la omnipotencia del fantasma. Y en este momento particularmente, ¿no te parece, Moncharmin, que hay en la atmósfera de esta pieza un no sé qué que alarma, que indispona, que espanta?

—Es verdad, confesó Moncharmin, que estaba verdaderamente "impresionado."

—¡El fantasma!... siguió diciendo Richard en voz baja y como si temiera ser oído por invisibles orejas. ¡El fantasma!... Si, a pesar de todo, fuese un fantasma el que dió en esta mesa los tres golpecitos secos que tan bien oímos... el que pone en ella los sobres mágicos... el que habla en el palco número cinco... el que mata a José Buquet... el que desprende la lucerna... el que nos roba!... Porque, en fin, aquí no hay nadie más que tú y yo... Y si los billetes desapareciesen sin que tú ni yo los hubiésemos cogido, sería preciso creer en el fantasma... en el fantasma...

En este momento el reloj de la chimenea dejó oír su resorte y sonó la primera campanada de las doce.

Los dos directores sintieron un calofrío y se apoderó de ellos una angustia cuya causa no hubieran podido decir y que trataron en vano de dominar. Corría el sudor por sus frentes. Y la última campanada de las doce sonó singularmente en sus oídos.

...
Cuando se calló el reloj, lanzaron un suspiro y se levantaron.

—Creo que podemos irnos, dijo Moncharmin.

—Me parece, afirmó Richard.

—Antes de marcharnos, ¿permítasme que te mire el bolsillo?

—¿Cómo no, Moncharmin? ¡Es preciso!

...
—¿Y bien? pregunta Richard a Moncharmin que está palpando.

—Siento el alfiler.

—Evidentemente, como tú lo decías hace un momento, no nos pueden ya robar sin que yo lo eche de ver.

Pero Moncharmin, cuyas manos siguen ocupadas alrededor del bolsillo, grita:

—"Siento el alfiler, pero no siento los billetes."

—¡No! ¡Nada de bromas, Moncharmin!... ¡No es el momento!

—¡Pálpate tú mismo!

De un tirón, Richard se quita el frac, y los dos directores se arrancan el bolsillo... "¡El bolsillo está vacío!"

Y lo más curioso, es que el imperdible sigue prendido en el mismo sitio.

Richard y Moncharmin palidecen. No se puede ya dudar del sortilegio.

—¡El fantasma! murmura Moncharmin.

Pero Richard da un salto de repente hacia su colega.

—¡Solamente tú me has tocado el bolsillo!... ¡Devuélveme mis veinte mil francos!... ¡Devuélveme mis veinte mil francos!...

—¡Por mi alma, suspira Moncharmin, que parece a punto de desmayarse, te juro que no los tengo!

Y como alguien estaba llamando a la puerta, fué a abrir con paso casi automático, pareció apenas conocer al administrador Mer-

cier, cambió con él frases incoherentes, no comprendió nada de lo que el otro le decía, y puso con ademán inconsciente en la mano de aquel fiel servidor, completamente estupefacto, el imperdible que no podía ya servir para nada.

XXI

EL COMISARIO DE POLICIA,
EL VIZCONDE Y EL
PERSA.

La primera palabra del comisario de policía, al entrar en la dirección, fué para pedir noticias de la cantante.

—¿No está aquí Cristina Daé? El comisario iba seguido, como hemos dicho, de una compacta multitud.

—¿Cristina Daé? No, responde Richard. ¿Por qué?

Moncharmin no tiene fuerza para pronunciar una palabra... Su estado mental es mucho más grave que el de Richard, pues Richard puede aún sospechar de Moncharmin, pero éste se encuentra en presencia del gran misterio... el que hace estremecerse a la humanidad desde su nacimiento: lo Desconocido.

Richard vuelve a hablar, pues la multitud que rodea a los dos directores y al comisario observa un silencio impresionante.

—¿Por qué me pregunta usted, señor comisario, si está aquí Cristina Daé?

—Porque es preciso que se la encuentre, señores directores de la Academia Nacional de Música, declara solemnemente al comisario.

—¿Cómo es preciso que se la encuentre?... ¿Ha desaparecido?

—En plena representación!

—¿En plena representación! ¡Es extraordinario!

—¿No es verdad? Y lo que hay tan extraordinario como esa desaparición, es que sea yo quien se lo diga á ustedes.

—En efecto, concede Richard que se coge la cabeza entre las manos y murmura: "¿Qué nueva historia es ésta? ¡Oh! decididamente, hay para qué presentar la dimisión... Y se arranca, sin notarlo siquiera, unos pelos del bigote.

—¿De modo, dice como soñando, que ha desaparecido durante la función?

—Sí, ha sido robada en el acto de la prisión, en el momento en que invocaba la ayuda del cielo, pero dudo que se la hayan llevado los ángeles.

—¿Y yo estoy seguro de ello!

Todo el mundo se vuelve, y un joven pálido y temblando de emoción, repite:

—Estoy seguro.

—¿De qué está usted seguro? Interroga Mifroid.

—De que Cristina Daé ha sido robada por un ángel, señor comisario, y podría decir á usted su nombre...

—¡Ah, ah! señor vizconde de Ohagny, usted supone que Cristina Daé ha sido robada por un ángel, un ángel de la Ópera, sin duda...

Raúl mira á su alrededor. Evidentemente, busca á alguien. En aquel minuto, en que le parece tan necesario llamar á la policía en ayuda de su amada, le gustaría volver á ver al misterioso desco-

nocido que, hacía un instante, le recomendaba la discreción. Pero no le descubre en ninguna parte... ¡Vamos allá! es preciso que hable... Pero no podrá hacerlo delante de toda aquella gente que le contempla con curiosidad indiscreta.

—Sí, señor, por un ángel de la Ópera, responde al señor Mifroid, y le diré á usted donde habita cuando estemos solos.

—Tiene usted razón, caballero.

El comisario hace sentar á Raúl á su lado y pone á todo el mundo en la puerta, excepto, naturalmente, á los dos directores, los cuales, sin embargo, no hubieran protestado, tan por encima parecían estar de todas las contingencias.

Raúl, entonces, se decide.

—Señor comisario, ese ángel se llama Erik, habita en la Ópera y es el "ángel de la música."

—"¿El ángel de la música!"
¡Verdaderamente!... Es muy curioso... ¡El "ángel de la música!"...

Y el comisario se vuelve hacia los directores y les pregunta:

—Señores, ¿tienen ustedes ese ángel en el establecimiento?

Richard y Moncharmin vuelven la cabeza sin sonreír siquiera.

—Sí, dice Raúl, esos señores han debido de oír hablar del fantasma de la Ópera. Pues bien, puedo afirmar que el fantasma de la Ópera y el ángel de la música son la misma cosa. Y su verdadero nombre es Erik.

El comisario se había levantado y miraba á Raúl con atención.

—Dispense usted, caballero, ¿tiene usted, acaso, la intención de burlarse de la justicia?

—¡Yo!... protesta Raúl. Y

piensa dolorosamente: "Otro que no va á querer escucharme."

—Entonces, ¿qué lío me está usted ahí contando con su fantasma de la Ópera?

—Digo que estos señores han oído hablar de él.

—Señores, parece que ustedes conocen al fantasma de la Ópera...

Richard se levanta con los últimos pelos del bigote en la mano.

—¡No, señor comisario, no, no le conocemos!... ¡Pero quisiéramos conocerle, pues, esta noche sin ir más lejos, nos ha robado veinte mil francos!...

Y Richard dirige á Moncharmin una mirada terrible, que parece decir: "Devuélveme los veinte mil francos, ó lo digo todo." Moncharmin lo comprende tan bien, que hace un gesto desesperado: "¡Ah! sí, dílo todo, dílo todo..."

El comisario Mifroid mira alternativamente á los directores y á Raúl, preguntándose si se habrá metido por error en una casa de locos. Pásase la mano por los cabellos, y dice:

—Un fantasma que, en la misma noche, se lleva á una cantante y roba veinte mil francos, es un fantasma muy ocupado... Si ustedes quieren, vamos á ordenar por serias las preguntas. La cantante primero y los veinte mil francos en seguida. Vamos á ver, señor de Ohagny, tratemos de hablar seriamente. Usted cree que la Daé ha sido robada por un individuo llamado Erik. ¿Conoce usted, entonces, á ese individuo?

—Sí, señor comisario.

—¿Dónde?

—En un cementerio.

Mifroid hace un movimiento brusco, vuelve á contemplar á Raúl, y dice:

—Evidentemente, allí es donde se encuentran de ordinario los fantasmas... ¿Y qué hacía usted en ese cementerio?

—Caballero, dice Raúl, me doy cuenta de la extravagancia de mis respuestas y del efecto que le hacen á usted. Pero le ruego que crea que estoy en toda mi razón. Va en ello la salvación de la persona á quien más quiero en el mundo, con mi amado hermano Felipe. Quisiera convencerle á usted en pocas palabras, porque la hora apremia y los minutos son preciosos. Desgraciadamente, si no le cuento á usted desde el principio la más extraña historia que ha habido en el mundo, no me creerá usted. Voy á decir, señor comisario, todo lo que sé sobre el fantasma de la Ópera. ¡Ay! por desgracia, no sé gran cosa...

—¡Hable usted, hable de todos modos! exclaman de repente Richard y Moncharmin, muy interesados.

Pero, desgraciadamente para la esperanza que habían concebido un instante de saber algún detalle susceptible de ponerlos en la pista de su estafador, tienen que rendirse á la triste evidencia de que Raúl ha perdido enteramente la cabeza. Toda aquella historia de Ferrós-Guirrec, de calaveras, de violín encantado y de "voz de hombre" en el cuarto de la diva, no podían haber nacido más que en el cerebro descompuesto de un enamorado.

Era visible, por otra parte, que el comisario compartía cada vez más este modo de ver, y cierta-

mente el funcionario hubiera puesto fin á aquellas frases incoherentes, si las circunstancias mismas no se hubieran encargado de interrumpirlas.

Acababa de abrirse la puerta y había entrado un individuo singularmente vestido con una vasta levita y un sombrero de copa alta, al mismo tiempo rapado y reluciente, que le entraba hasta las orejas. Ese individuo corrió al comisario y le habló en voz baja. Era, sin duda, un agente de la seguridad que venía á dar cuenta de alguna misión urgente.

Durante este coloquio, el comisario no apartaba los ojos de Raúl. Por fin dirigiéndose á él:

—Caballero, bastante hemos hablado del fantasma. Vamos á hablar un poco de usted, si no tiene inconveniente. ¿Usted debía llevarse esta noche á Cristina Daé?

—Sí, señor comisario.

—Y, sin embargo, su coche sigue esperando órdenes, al lado de la rotonda, ¿no es verdad?

—Sí, señor comisario.

—¿Sabía usted que había, al lado suyo, otros tres coches?

—No lo he reparado.

—Eran el de la Sorrelli, que no había encontrado sitio en el patio de la administración, el de la Carlota y el de su hermano de usted, el señor conde de Chagny.

—Es posible.

—En cambio, es cierto que si su coche de usted, el de la Sorrelli y el de la Carlota siguen estando allí, el del señor conde de Chagny no está ya....

—Esc, señor comisario, no tiene nada que ver....

—Dispense usted..... ¿No era

opuesto el señor conde á su matrimonio de usted con Cristina Daé?

—Eso no puede interesar más que á la familia....

—Me ha respondido usted.....

Era opuesto, y por eso sustraía usted á Cristina á las empresas posibles de su hermano de usted.....

Pues bien, señor de Chagny, permítame que le haga saber que su hermano ha sido más listo que usted.... ¡El es quien se ha llevado á la Daé!

—¡Oh! ¡gimió Raúl! llevándose la mano al corazón, no es posible.... ¿Está seguro de ello?

—Inmediatamente después de la desaparición de la artista, organizada con complicidades que se pondrán en claro, su hermano de usted se ha metido en su coche y ha dado una carrera furibunda á través de París.

De la boca crispada de rabia del desgraciado joven se escapó un grito ronco.

—¡Oh! exclamó; juro que los alcanzaré.

Y, en dos saltos, estuvo fuera del despacho.

—¡Y tráiganosla usted!..... le gritó alegremente el comisario. ¿Eh?... aquí tienen ustedes una hipótesis que vale tanto como la del ángel de la música.

Dicho esto, Mifroid se vuelve hacia su auditorio estupefacto, y le administra esta pequeña conferencia de policía, al alcance de todos:

—No sé si es realmente el conde de Chagny quien ha robado á la Daé.... pero necesito saberlo y, á estas horas, nadie desea informarme mejor que su hermano. Es

este momento corre, vuela y es mi mejor auxiliar. Tal es, señores, el arte que se cree tan complicado de la policía, y que aparece, sin embargo, tan sencillo en cuanto se ha descubierto que consiste en hacer que sirvan de polizontes las personas que no lo son."

Pero Mifroid no hubiera estado tan satisfecho de sí mismo, si hubiera sabido que la carrera de su rápido mensajero había sido detenida en cuanto entró éste en el primer pasillo, vacío, sin embargo, de la multitud de curiosos que había sido dispersada.

Raúl se vió cortar el camino por una gran sombra, que le preguntó:

—¿Dónde va usted tan de prisa, señor Chagny?

Raúl, impaciente levantó la cabeza y reconoció el gorro de astracán de hacia un momento.

—¿Y quién es usted, preguntó con voz febril, que conoce los secretos de Erik y no quiere que yo hable de ellos?

—Soy el persa, dijo la sombra.

X X I I

EL VIZCONDE Y EL PERSA

Raúl recordó entonces que su hermano, en una noche de función, le había mostrado á aquel vago personaje, del que se ignoraba todo después de haber dicho que era persa y que habitaba en un modesto piso de la calle de Rivoli.

¿Por qué, pues, aquella noche, el persa, que no hablaba jamás, se obstinaba á entrar en conversación con Raúl? ¿Por qué le hablaba de Erik? ¿Qué sabía él de Erik?

¡Erik! solamente esas dos sila-

bas eran capaces de detener al joven en su rápida carrera. El hombre de tez de ébano, ojos de azabache y gorro de astracán, las pronunció otra vez inclinándose hacia Raúl.

—Supongo, caballero, que no ha vendido usted el secreto de Erik.

¿Y por qué había de vacilar en vender á ese monstruo? respondió Raúl con altivez, tratando de librarse del importuno. ¿Es, pues, su amigo de usted?

—Espero que no habrá usted dicho nada de Erik, caballero, porque el secreto de Erik es el de Cristina Daé, y hablar del uno es hablar de la otra.

Caballero, dijo Raúl impaciente, parece usted al corriente de muchos asuntos que me interesan y, sin embargo, no tengo tiempo de escucharle....

—Una vez más, señor Chagny, ¿adónde va usted tan de prisa?

—¿No lo adivina usted? A socorrer á Cristina Daé.

—Entonces, caballero, quédese aquí, porque aquí está Cristina.

—¿Con Erik?

—¡Con Erik!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estaba en la representación, y no hay más que un Erik en el mundo para maquinar semejante rapto. ¡Oh! exclamó, usando un profundo suspiro, he reconocido la mano del monstruo....

—¿Le conoce usted, entonces?

El persa no respondió, pero Raúl oyó un nuevo suspiro.

—Caballero, dijo Raúl, ignoro cuáles son las intenciones que le guían á usted, pero, ¿puede usted algo en mi favor, es decir, en el de Cristina Daé?....

—Así lo creo, señor de Chagny, y por eso me he acercado á usted.

—¿Qué puede usted hacer?

—Tratar de llevar á usted á su lado y al lado del monstruo.

—Caballero, es esa una empresa que he intentado ya en vano esta noche... pero si usted me presta tal servicio, mi vida le pertenece... Una palabra todavía, caballero: el comisario de policía acaba de decirme que Cristina ha sido robada por mi hermano, el conde Felipe....

—¡Oh! señor de Chagny, no lo creo....

—¿Verdad que no es posible?

—No sé si es posible, pero hay muchas maneras de hacer un rapto, y el conde Felipe, que yo sepa, "no ha trabajado nunca en la magia."

—Los argumentos de usted son contundentes, caballero, y yo no soy más que un loco.... ¡Oh! corramos, corramos.... Me pongo enteramente en sus manos,.... ¿Cómo no creer á usted cuando es el único que me cree á mí?.... ¿Cómo no creerle cuando es el único que no sonríe cuando se pronuncia el nombre de Erik?

Al decir ésto, el joven, cuyas manos ardían de fiebre, cogió con ademán espontáneo, la mano del persa, que estaban heladas.

—¡Silencio! dijo el persa deteniéndose á escuchar los ruidos lejanos del teatro y los menores crujidos que se producían en los muros y en los pasillos próximos. No pronunciemos más aquí esa palabra. Digamos "El," tendremos menos probabilidades de llamar su atención.

—¿Le cree usted cerca de nosotros?

—Todo es posible, caballero, si no está en este momento, con su víctima, "en la morada del lago."

—¡Ah! ¿También usted conoce esa morada?

—... Si no está en la morada del lago, puede estar en este muro, en este suelo, en este techo.... ¿Qué sé yo?... Con la vista en esta cerradura.... Con el oído en esta viga.... Y el persa, rogándole que apagara el ruido de sus pasos, llevó á Raúl por unos pasillos que el joven no había visto nunca, ni en el tiempo en que Cristina le paseaba por aquel laberinto.

—¡Con tal de que haya llegado Dario! dijo en voz alta el persa.

—¿Quién es Dario? interrogó el joven corriendo.

—¡Dario! es mi criado.

Estaban en aquel momento en el centro de una verdadera plaza desierta, pieza inmensa iluminada por una mala luz. El persa detuvo á Raúl, y le dijo muy bajo, tan bajo, que al joven le costaba trabajo oírle:

—¿Qué es lo que ha dicho usted al comisario?

—Le he dicho que el raptor de Cristina Daé era el Ángel de la Música, llamado el fantasma de la Opera, y que su verdadero nombre era....

—¡Silencio!.... ¿Y el comisario le ha creído á usted?

—No.

—¿No ha atribuido la menor importancia á lo que usted decía?

—Ninguna.

—¿Le ha tomado á usted por un loco?

—Sí.

—¡Mejor! suspiró el persa.

Y la carrera volvió á empezar.

Después de haber subido muchas escaleras desconocidas para Raúl, los dos hombres se encontraron enfrente de una puerta que el persa abrió con un pequeño llavín que sacó del bolsillo del chaleco.... El persa, como Raúl, estaba, naturalmente, de frac. Pero, mientras Raúl llevaba sombrero de copa alta, el persa tenía un gorro de astracán, como ya hemos hecho notar. Era aquella una infracción del código de elegancia que regía en los bastidores, donde se exige el sombrero de copa; pero está convenido que en Francia se permite todo á los extranjeros, la gorra de viaje á los ingleses y el gorro de astracán á los persas.

—Caballero, dijo el persa, el sombrero de copa le va á usted á estorbar para la expedición que proyectamos.... Haría usted bien de dejarlo en el cuarto.

—¿En qué cuarto? preguntó Raúl.

—En el de Cristina Daé.

Y el persa, después de haber hecho pasar á Raúl por la puerta que acaba de abrir, le enseñó enfrente el cuarto de Cristina.

Raúl ignoraba que se pudiese ir á aquel cuarto por otro camino que el seguido por él ordinariamente. Encontrábase entonces en el extremo del pasillo que él tenía la costumbre de recorrer entero antes de llamar á la puerta del cuarto.

—¿Conoce usted bien la Opera, caballero!

—¡No tan bien como él!.... dijo modestamente el persa.

Y empujó al joven al cuarto de Cristina.

Estaba el cuarto tal como Raúl

le había dejado unos momentos antes.

El persa, después de cerrar la puerta, se dirigió al delgado tabique que separaba el cuarto de un vasto gabinete ropero que había detrás. Escuchó y tosió fuertemente.

En seguida se oyó ruido en el ropero, y, unos segundos después, llamaron á la puerta del cuarto.

—Entra, dijo el persa.

Entró un hombre cubierto también con un gorro de astracán y vestido con una larga hopalanda.

El hombre saludó y sacó de debajo del abrigo una caja ricamente cincelada, la puso en el tocador, volvió á saludar y se dirigió á la puerta.

—¿Nadie te ha visto entrar, Dario?

—No, señor.

—Que nadie te vea salir.

El criado aventuró una mirada al corredor y desapareció prontamente.

—Caballero, dijo Raúl, estoy pensando en una cosa, y es que pueden muy bien sorprendernos aquí, y esto, evidentemente, nos estorbaría. El comisario no puede tardar en venir á registrar este cuarto.

—¡Bah! no es al comisario al que hay que temer.

El persa había abierto la caja. Había en ella un par de pistolas de un dibujo y de un ornamento magníficos.

—Inmediatamente después del rapto de Cristina, he avisado á mi doméstico que me trajese estas armas, caballero. Las conozco hace mucho tiempo, y no las hay más seguras.

—¿Quiere usted batirse en duelo? preguntó el joven, sorprendido por la llegada de aquel arsenal.

—Es, en efecto, á un duelo á lo que vamos, respondió el persa, examinando el codo de las pistolas. ¡Y qué duelo!

Después de lo cual, entregó una pistola á Raúl y le dijo:

—En este duelo, seremos dos contra uno, caballero, pues no le oculto que tenemos que habérnoslas con el más terrible adversario que es posible imaginar.... Pero usted ama á Cristino Daé, ¿no es verdad?

—¡Si la amo!.... Pero usted, que no la ama, me explicará por qué le encuentro dispuesto á arriesgar la vida por ella.... ¡Usted odia ciertamente á Erik!

—No, señor, dijo tristemente el persa. No le odio. Si le odiase, hace mucho tiempo que no haría daño.

—¿Le ha hecho á usted mucho mal?

—El que me ha hecho se lo he perdonado.

—Es enteramente extraordinario, respondió el joven, oírle á usted hablar de ese modo.... Le trata usted de monstruo, habla de sus crímenes, le ha hecho á usted, y encuentro en usted la piedad inaudita que me desesperaba en la misma Cristina....

El persa no respondió. Había ido á buscar un taburete, lo había puesto junto á la pared opuesta al espejo que ocupaba todo el muro de enfrente, se había subido en el taburete y con la nariz pegada al papel que cubría el muro, parecía que estaba buscando alguna cosa.

—Y bien, caballero! dijo Raúl, que ardía de impaciencia. ¡Vamos!

—Vamos.... ¿adónde? respondió el persa, sin volver la cabeza.

—¡Al encuentro del monstruo! ¡Bajemos! ¿No me ha dicho usted que tenía el medio?

—Le estoy buscando.

Y la nariz del persa siguió pasándose á lo largo de la pared.

—¡Ah! dijo de repente el hombre del gorro. ¡Aquí está!.... Y apoyó el dedo en un ángulo del dibujo del papel.

Después se volvió y se bajó del taburete.

—Dentro de medio minuto, dijo, estaremos "en su camino."

Y atravesó todo el cuarto para ir á palpar el espejo.

—No.... no cede todavía, murmuró.

—¡Oh!.... vamos á salir por el espejo, dijo Raúl.... ¡Como Cristina!

—¿Sabía usted, pues, que Cristina había salido por este espejo?

—¡Delante de mí, caballero!.... Yo estaba escondido allí, detrás de la cortina del gabinete, y la ví desaparecer, no por el espejo, sino en el espejo.

—¿Y qué hizo usted?

—Creí en una aberración de mis sentidos, en la locura, en un sueño!....

—¿Alguna nueva fantasía del Fantasma! exclamó el persa en tono de sarcasmo. ¡Ah! señor de Chagny, plugiera al cielo que tuviésemos que habérnoslas con un fantasma, dijo sin separar la mano del espejo.... ¡Podríamos entonces

dejar las pistolas en su estuche! Deje usted ahí el sombrero, se lo ruego.... y ahora, ciérrese el frac todo lo que pueda sobre la pechera.... como yo.... bájese las solapas y levántase el cuello.... Debemos hacernos todo lo invisibles que sea posible.

Y añadió después de un momento de silencio, empujando el espejo:

—El resorte del contrapeso, cuando se maneja desde el interior del cuarto, es un poco lento en producir su efecto. No es lo mismo cuando está uno en el otro lado del muro, y puede obrar directamente sobre el contrapeso. Entonces, el espejo gira instantáneamente y es arrebatado con una rapidez loca....

—¿Qué contrapeso? preguntó Raúl.

—El que hace levantarse todo el muro sobre su eje. Puede usted suponer que no se mueve solo, como por encanto.

Y el persa atrajo con una mano á Raúl, mientras que con la otra, en la que tenía la pistola, empujaba el espejo.

—Va usted á ver, dentro de un momento, si se fija bien, que el espejo se levanta unos milímetros y se translada otros cuantos de izquierda á derecha. Entonces estará sobre su eje y girará. ¡No se sabrá nunca lo que se puede hacer girar con un contrapeso! ¡Un niño puede hacer girar una casa con el dedo meñique.... Cuando una muralla, por pesada que sea, es llevada por el contrapeso á su eje, bien en equilibrio, no pesa más que una peonza sobre su punta.

—¡Esto no gira! dijo Raúl impaciente.

—¡Bah! espere usted.... Tiem-

po tiene usted de impacientarse, caballero. La mecánica, evidentemente, está enmohecida ó el resorte no funciona.

La cara del persa expresó preocupación.

—Y, además, puede haber otra cosa.

—¿Qué?

—Acaso "él" ha cortado sencillamente la cuerda del contrapeso é inmovilizado todo el sistema....

—¿Por qué, si ignora que vamos á bajar por ahí?

—Acaso lo sospecha, pues sabe que yo conozco el sistema....

—¿Se lo enseñado á usted él?

—¡No! He buscado detrás de él y de sus desapariciones misteriosas, y he encontrado. ¡Oh! es el sistema más sencillo de las puertas secretas.... Es un mecanismo tan viejo como los palacios sagrados de Tebas, de las cien puertas, como la sala del trono de Ecbatana, como la sala del tripode de Delfos.... como....

—¡Esto no gira!.... ¡Y Cristina, caballero! ¡Cristina!....

El persa dijo friamente:

—Haremos todo lo que sea humanamente posible.... Pero él puede detenernos á los primeros pasos....

—¿Es, pues, dueño de estos muros?

—Manda en las paredes, en las puertas, en las trampas. En nuestro país se le llamaba con un nombre que significa: "el aficionado á trampas."

—Así es como Cristina me habló de él, con el mismo misterio y concediéndole la misma formidable potencia.... Pero todo ésto me parece muy extraordinario.... ¿Por qué

estos muros le obedecen á él solo?... El no los ha edificado.

—Sí, señor.

Y al ver que Raúl le miraba estupefacto, el persa le hizo seña de que se callase y le señaló con un ademán el espejo. . . . Fue aquello como un tembloroso reflejo. Su doble imagen se enturbió como en una onda rizada, y después todo quedó inmóvil.

—Ya ve usted, caballero, que esto no gira! ¡Tomemos otro camino!

—¡Esta noche no hay otro! respondió el persa con voz singularmente lúgubre. . . Y ahora, atención, y esté usted dispuesto á disparar.

Y él mismo apuntó con su pistola al espejo. Raúl le imitó. El persa atrajo al joven con la mano libre hasta su pecho, y, de repente, el espejo giró como en un deslumbramiento y un cruce de fuegos; giró como una de esas puertas giratorias de compartimentos que dan ahora entrada á las salas públicas. . . giró, llevándose á Raúl y al persa en su movimiento irresistible, y arrojándolos bruscamente de la plena luz en la más profunda oscuridad.

X X I I I

EN LOS FOSOS DE LA OPERA.

—¡La mano alta, pronto á tirar! repitió apresuradamente el compañero de Raúl.

El muro, detrás de ellos, había dado una vuelta completa y se había cerrado de nuevo.

Los dos hombres se quedaron un

momento inmóviles, conteniendo la respiración.

En aquellas tinieblas reinaba un silencio que nada turbaba.

El persa se decidió á hacer un movimiento, y Raúl oyó que andaba de rodillas, buscando algo en la noche con sus manos trémulas.

De repente, las tinieblas se iluminaron delante del joven por el prudente fuego de una linterna sorda, y Raúl retrocedió instintivamente como para escapar á la investación de un enemigo culto. Pero comprendió en seguida que aquella luz pertenecía al persa, cuyos movimientos seguía. El pequeño disco rojo paseábase por las paredes, de arriba á abajo, en torno de ellos, meticulosamente. Esas paredes, estaban formadas, á la derecha de un muro, á la izquierda de un tabique de tablas, y encima y debajo de entarimados.

Y Raúl pensaba que Cristina había pasado por allí el día en que siguió á la voz del "Ángel de la Música." Aquel debía de ser el camino habitual de Erik cuando iba á través de las paredes á sorprender la buena fé y á aprovechar la inocencia de Cristina. Y, recordando las palabras del persa, pensó que aquél camino había sido misteriosamente establecido por el fantasma mismo. ¿hora bien, debía saber más adelante que Erik había encontrado allí, preparado para él, un corredor secreto cuya existencia conoció él solo durante mucho tiempo. Aquel corredor había sido creado cuando la "Commune" de París para que los carceleros llevasen directamente á los presos á los calabozos que se habían practicado en las cuevas, pues los federados

habían ocupado el edificio inmediatamente después del 18 de marzo, y habían hecho en lo alto un punto de partida para los globos que debían llevar á las provincias sus proclamas incendiarias, y en la parte baja de una cárcel de Estado.

El persa se había arrodillado y depositado en el suelo la linterna. Parecía ocupado en una rápida tarea en el entarimado, y, de pronto, apagó la linterna.

Raúl, entonces, oyó el ligero ruido de un resorte y vió en el suelo del corredor un cuadrado luminoso muy pálido. Era como si acabase de abrirse una ventana hacia los fosos, aún iluminados, de la Opera.

Raúl no veía al persa, pero le sintió á su lado y oyó su aliento.

—Sígame usted y haga todo lo que me vea hacer.

Raúl fué dirigido hacia el cuadrado luminoso, y vió que el persa se arrodillaba otra vez, y, suspendiéndose con las manos de la abertura, se dejaba deslizar á los fosos. El persa tenía entonces la pistola entre los dientes.

Cosa curiosa: el vizconde tenía plena confianza en el persa. A pesar de que lo ignoraba todo de él, y de que la mayor parte de sus frases no habían hecho más que aumentar la oscuridad de aquella aventura, no vacilaba en creer que, en esta hora decisiva, el persa estaba en su favor contra Erik. Le había parecido sincera su opinión cuando hablaba del "monstruo", y no le parecía sospechoso el interés que le había mostrado. En fin, si el persa hubiera alimentado algún proyecto siniestro contra Raúl, no le hubiera armado con sus propias manos. Y después para decirlo todo ¿no había

que llegar á toda costa á Cristina? Raúl no podía elegir los medios. Si hubiera vacilado, aun con dudas sobre la intención del persa, el joven se hubiese considerado como el último de los cobardes.

Raúl se suspendió á su vez de la trampa con las dos manos. "Suétese usted", oyó, y cayó en los brazos del persa, que le ordenó en seguida que se echase boca abajo, cerró la trampa encima de sus cabezas, sin que Raúl pudiese ver por qué estratagema, y se echó al lado del vizconde. Quiso éste hacer una pregunta, pero la mano del persa se apoyó en su boca, y, en seguida, oyó una voz en la que conoció la del comisario de policía que le había interrogado hacía un momento.

Raúl y el persa se encontraban entonces detrás de un tabique que los ocultaba perfectamente. Cerca de allí, subía hasta otra pieza una estrecha escalera, pieza en la que el comisario debía de estarse paseando y haciendo preguntas, pues se oía el ruido de sus pasos al mismo tiempo que el de su voz.

La luz que rodeaba los objetos era muy débil; pero, al salir de la densa oscuridad que reinaba en el pasillo de arriba, no costaba trabajo á Raúl distinguir la forma de las cosas.

Y no pudo contener una sorda exclamación, porque había allí tres cadáveres.

El primero estaba tendido en el estrecho descanso de la escalerilla que subía hasta la puerta detrás de la cual se oía al comisario; los otros dos habían rodado hasta el pie de esta escalera, con los brazos en cruz. Raúl, pasando los dedos á través del tabique de tablas